

Antonio y Lepido, juntando en uno el poder de los tres, partió con ellos la autoridad, como pudiera haber partido una posesion. Proscribieron de muerte sobre doscientos ciudadanos, siendo la proscripcion de Ciceron la que produjo entre ellos los mayores altercados: por quanto Antonio no se daba á partido si no moria el primero; Lepido se adheria á Antonio, y César se oponia á ambos. Tuvieron ellos solos sobre esto juntas reservadas cerca de Bolonia por tres dias, reuniéndose en un sitio próximo al campamento, cercado del rio. Dicese que habiéndose César mantenido firme en la lid por Ciceron los dos primeros dias, cedió por fin al tercero, abandonándole traidoramente. La composicion y compensacion fue de esta manera: César hizo el sacrificio de Ciceron, Lepido el de su hermano Paulo, y Antonio el de Lucio César, que era tío suyo de parte de madre. Hasta este punto la ira y el furor les hizo perder la razon, no dejando duda de que el hombre es la mas cruel de todas las fieras, cuando á las pasiones se une el poder.

Mientras esto pasaba, Ciceron residia en sus campos de Túsculo, teniendo en su compañía á su hermano. Luego que supieron las proscripciones, determinaron trasladarse á Astur, posesion litoral del mismo Ciceron, y desde allí pasar á la Macedonia á ponerse al lado de Bruto, porque las voces que corrian eran de que se hallaba con fuerzas superiores. Caminaban en literas muy abatidos con la pesadumbre; y parándose en el camino, puestas las literas una en par de la otra, se lamentaban juntos de su suerte. El mas desalentado era Quinto, á quien afligia ademas la idea de la falta de prevenciones; porque no habia tenido tiempo para tomar nada en casa; y aun Ciceron era bien poco lo que consigo llevaba. Parecióles pues que seria lo mejor apresurar Ciceron su fuga, y que Quinto se volviese para pro-

veerse en casa de lo necesario. Asi se determinó; y abrazándose uno á otro, entre sollozos y lamentos se despidieron; y Quinto, denunciado vilmente de allí á pocos dias por sus esclavos á los matadores, recibió de estos la muerte, y con él su hijo. Ciceron, conducido á Astur, y encontrando allí un barco, subió en él al punto, y á vela navegó hasta Circeyos. Allí, queriendo los pilotos hacerse otra vez al mar, ó por temor de la navegacion, ó por no haber perdido enteramente la confianza en César, saltó en tierra, y anduvo por ella cien estadios, encaminándose á Roma; pero con nuevas dudas mudó de propósito, y se dirigió otra vez hácia el mar. Cogióle la noche, y la pasó en las mayores dudas y aflicciones: sin saber que partido tomar: tanto que llegó á resolver introducirse secretamente en casa de César, y dándose á sí mismo muerte ante el ara, concitar contra él la ira de los dioses; pero le retrajo de esta idea el temor de los tormentos, si por accidente le echasen mano. Ocurriéronle otros muchos pensamientos, mudando de dictamen á cada punto, y por fin volvió á ponerse en manos de sus esclavos para que por mar le llevasen á Cayeta, donde tenia posesiones y un asilo excelente en el estío, cuando los vientos etesias soplan dulcemente; habiendo en aquel mismo sitio un templete de Apolo sobre el mar. Levantáronse de este muchos cuervos, que graznando se dirigieron al barco de Ciceron cuando le impellan á tierra con los remos; y colocándose en la antena de una y otra parte, unos graznaban, y otros picoteaban los cabos de las maromas: señal que á todos pareció funesta. Saltó pues en tierra Ciceron, y marchando á la quinta se acostó para descansar. Muchos de los cuervos se posaron en la ventana graznando desconcertadamente; y uno de ellos, bajándose al lecho donde Ciceron reposaba con la cabeza cubierta, le desatapó la cara, retirando suave-

mente la ropa con el pico. Los esclavos que esto vieron tuvieron á menos el ser tranquilos espectadores de la muerte de su señor, y que una fiera le diera auxilio, y cuidara de él cuando injustamente era maltratado, y ellos no hiciesen nada para salvarle; por lo que ya rogándole, y ya poniéndole por fuerza en la litera, volvieron á conducirle hácia el mar.

Llegaron en esto los matadores, que eran el Centurion Herenio y el Tribuno Popilio, á quien habia defendido Ciceron en causa de parricidio, trayendo consigo algunos ministros. Como hubiesen encontrado cerradas las puertas, las quebrantaron; y no encontrando á Ciceron, ni dándoles noticia ninguna de él los que alli habian quedado, se refiere que un mozo, educado por Ciceron en las letras y ciencias liberales, y que era liberto de su hermano Quinto, llamado Filologo, dijo al Tribuno que la litera marchaba por las calles sombreadas con árboles hácia el mar; con lo que el Tribuno dió á correr á tomar la salida; pero sintiendo á este tiempo Ciceron que Herenio se acercaba corriendo por el camino que llevaba, mandó á los esclavos que parasen alli la litera. Entonces llevándose, como lo tenia de costumbre, la mano izquierda á la barba, miró de hito en hito á los matadores, teniendo el cabello crecido y desgreñado, y muy demudado el semblante con la demasiada agitacion y angustia, de manera que los mas se cubrieron el rostro al ir Herenio á darle el golpe fatal; y se le dió habiendo alargado el mismo Ciceron el cuello desde la litera. Tenia entonces la edad de sesenta y cuatro años. Cortóle por orden de Antonio la cabeza y las manos con que habia escrito las Filipicas: porque Ciceron intituló Filipicas las oraciones que escribió contra Antonio; y hasta el dia de hoy aquellas oraciones conservan este nombre.

Quando estos miembros fueron traídos á Roma,

se hallaba Antonio celebrando los comicios consulares, y al oír la relacion y verlos, exclamó: ¡ahora que no haya mas proscripciones! y la cabeza y las manos las hizo poner sobre lo que formaba barandilla en la tribuna: ¡espectáculo terrible para los Romanos! en el que no tanto era el rostro de Ciceron lo que veian, como la imagen del ánimo de Antonio; el cual tuvo sin embargo en estos sucesos un sentimiento laudable, que fue el de haber hecho entrega del liberto Filologo á Pomponia, muger de Quinto. Esta, luego que le tuvo en su poder, además de otros castigos con que le atormentó, le fue cortando poco á poco las carnes, las asó, y se las hizo comer: porque asi es como lo refieren algunos historiadores; aunque el liberto del mismo Ciceron Tiron ni memoria siquiera hace de la traicion de Filologo. Se me ha asegurado que algun tiempo despues, entrando César en la habitacion de uno de sus nietos, lo encontró con un libro de Ciceron en la mano, y que asustado trató de ocultarle debajo de la ropa; que advertido esto por César, le tomó, y habiendo leído en pie una gran parte de él, se le volvió á aquel jóven, diciéndole: varon docto, hijo mio, varon docto, y muy amante de su patria. Poco mas adelante venció César á Antonio, y siendo Consul, nombró por su colega al hijo de Ciceron; en cuyo consulado hizo el Senado quitar las estatuas de Antonio, anuló todos los honores que se le habian concedido, y decretó que en adelante ninguno de la familia de los Antonios pudiera tener el nombre de Marco. Por este medio parece que una superior providencia reservó para la casa de Ciceron el fin del castigo de Antonio.